

STEPHEN
KING
Y
PETER
STRAUB

El talismán

Un adolescente enfrentado
a un arriesgado desafío emprende
el viaje más peligroso
y alucinante de su vida



Un ventoso día otoñal, un chico de doce años está en una playa del gris océano Atlántico, al lado del silenciado parque de atracciones y el apagado pueblo de Alhambra. Jack ha llegado aquí empujado por las circunstancias: su padre ha fallecido, su madre está agonizando y nada tiene ya sentido. Pero para Jack todo está a punto de cambiar: ha sido elegido para emprender un viaje a través de los misteriosos Territorios... *Talismán*, una de las obras de género fantástico más elogiadas e importantes, es una extraordinaria novela de iniciación sobre la lealtad, el terror y lo desconocido. Jack Sawyer, en su desesperado intento de salvarle la vida a su madre, ha de buscar el talismán en aquel paisaje épico, hogar de monstruos e inocentes. El talismán es imprescindible, pero el viaje de Jack significa mucho más que esto.

Este libro es para
Ruth King y Elvena Straub

Bien, cuando Tom y yo llegamos a la cumbre de la colina y nos asomamos para ver el pueblo, vimos centellear tres o cuatro luces, donde había enfermos, tal vez; y sobre nosotros brillaban hermosas estrellas; y junto al pueblo había al río, de casi dos kilómetros de anchura, impresionante en su silencio y majestuosidad.

MARK TWAIN, *Huckleberry Finn*

Mi ropa nueva estaba toda llena de grasa y arcilla y yo me sentía exhausto.

MARK TWAIN, *Huckleberry Finn*

-|-

Jack emprende un viaje

Capítulo 1

EL HOTEL Y LOS JARDINES DE LA ALHAMBRA

1

El 15 de septiembre de 1981 un muchacho llamado Jack Sawyer se hallaba donde convergen el agua y la tierra, con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros, contemplando el sereno Atlántico. Tenía doce años y era alto para su edad. La brisa marina apartaba sus cabellos castaños, probablemente demasiado largos, de la frente noble y despejada. Permanecía allí, pletórico de las emociones vagas y dolorosas que había experimentado durante los tres últimos meses, desde que su madre cerrara su casa de Rodeo Drive, en Los Angeles, y —en medio de un remolino de muebles, cheques y agentes inmobiliarios— alquilara un apartamento en Central Park West. De aquel apartamento habían huido a este tranquilo lugar turístico de la minúscula costa de New Hampshire. El orden y la regularidad habían desaparecido del mundo de Jack. Su vida parecía tan cambiante e incontrolada como las grandes olas que tenía ante

él. Su madre le hacía viajar por el mundo, llevándole de un sitio a otro; pero ¿por qué viajaba ella?

Su madre huía, huía.

Jack se volvió y contempló la playa desierta, primero a la izquierda y luego a la derecha. A la izquierda estaba el Divertimundo Arcadia, un parque de atracciones que funcionaba con gran estruendo desde el Día del Soldado hasta el Día del Trabajo. Ahora estaba vacío y silencioso, como un corazón entre dos latidos. La montaña rusa era un andamiaje contra aquel cielo nublado y uniforme y los soportes verticales y de ángulo como pinceladas hechas con carbonillos. Allí abajo estaba su nuevo amigo, Speedy Parker, pero el muchacho no podía pensar ahora en Speedy Parker. A la derecha estaba el hotel Jardines de la Alhambra, y hacia allí se dirigieron inevitablemente sus pensamientos. El día de su llegada Jack había creído ver por un momento un arco iris sobre el tejado a la holandesa, con buhardilla. Una especie de signo, una promesa de cosas mejores. Pero no había ningún arco iris. Una veleta giraba de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, atrapada por un viento de costado. Se apeó del coche de alquiler, haciendo caso omiso del deseo implícito de su madre de que se ocupara del equipaje, y miró hacia arriba. Sobre el gallo giratorio de latón de la veleta sólo había un cielo plomizo.

—Abre el maletero y saca el equipaje, hijito —le llamó su madre—. Esta actriz vieja y destartalada quiere registrarse e ir a la caza de una copa.

—Un martini elemental —contestó Jack.

—«No eres tan vieja», tenías que decir. —Se apeaba del asiento con grandes dificultades.

—No eres tan vieja.

Le dedicó una sonrisa radiante —un vestigio de la antigua desenfadada Lily Cavanaugh (Sawyer), reina durante dos décadas de las películas de la Clase B— y se enderezó.

—Todo irá bien, Jacky —dijo—. Todo irá bien aquí. Es un buen lugar.

Una gaviota voló sobre el tejado del hotel y durante un segundo Jack tuvo la inquietante sensación de que la vela había levantado el vuelo.

—Nos abstendremos de contestar al teléfono por un rato, ¿eh?

—Claro —contestó Jack.

Ella quería esconderse de tío Morgan, no deseaba más disputas con el socio de su difunto marido, quería arrastrarse hasta la cama con un martini elemental y taparse la cabeza con la manta...

«Mamá, ¿qué te pasa?».

Había demasiada muerte, el mundo estaba medio hecho de muerte. La gaviota gritó desde arriba.

—Adelante, chico, adelante —dijo su madre—. Entremos en el bello y querido lugar.

Entonces Jack pensó: *Por lo menos, siempre está tío Tommy para ayudar en caso de que las cosas se pongan realmente peliagudas.*

Pero tío Tommy ya había muerto; sólo que la noticia aún estaba en el otro extremo de un montón de hilos telefónicos.

2

El Alhambra se adentraba en el agua, un gran caserón Victoriano sobre gigantescos bloques de granito que parecían confundirse casi sin fisuras con el bajo promontorio; un cuello de granito que se proyectaba aquí, en los escasos kilómetros de litoral de New Hampshire. Los jardines formales del lado posterior eran apenas visibles desde el ángulo de visión de Jack en la playa: un trozo de seto verde oscuro,

esto era todo. El gallo de latón se recortaba contra el cielo, dividiéndolo en oeste y noroeste. Una placa anunciaba en el vestíbulo que aquí, en 1838, se había celebrado la Conferencia Metodista del Norte, la primera de las grandes reuniones abolicionistas de Nueva Inglaterra. Daniel Webster había hablado largo y tendido, con ardor e inspiración. Según la placa, dijo: «A partir de este día, sabed que la esclavitud, como institución americana, ha empezado a debilitarse y pronto morirá en todos nuestros estados y territorios».

3

Así llegaron a aquel día de la semana anterior que había puesto término a la agitación de sus meses en Nueva York. En la Playa de Arcadia no había abogados empleados por Morgan Sloat que saltaran de coches blandiendo papeles que debían firmarse, que *debían* archivarse, señora Sawyer. En Playa de Arcadia los teléfonos no llamaban desde las doce del mediodía hasta las tres de la madrugada (tío Morgan parecía olvidar que los residentes de Central Park West no vivían a la hora de California). De hecho, los teléfonos de Playa de Arcadia no llamaban nunca.

Mientras cruzaban la pequeña localidad turística —su madre conducía con la concentración del miope, con los ojos entornados—, Jack sólo vio a una persona en las calles, un viejo loco que empujaba por la acera un carrito de compra vacío. Sobre sus cabezas pendía aquel cielo plomizo y gris, un cielo incómodo. En total contraste con Nueva York, aquí sólo había el constante sonido del viento, que silbaba por las calles desiertas, demasiado anchas por la falta de tráfico. Aquí se veían tiendas vacías con letreros en

los escaparates que decían: ABIERTO SÓLO LOS FINES DE SEMANA o, aún peor, ¡NOS VEREMOS EN JUNIO! Había cien plazas de aparcamiento vacías en la calle del Alhambra y mesas vacías en el Salón de Té y Mermelada Arcadia, contiguo al hotel.

Y viejos locos y desaliñados empujando carritos de compras por las calles desiertas.

—Pasé las tres semanas más felices de mi vida en este pintoresco lugar —le dijo Lily al pasar de largo junto al viejo (que se volvió a mirarlos con temor y suspicacia, murmurando algo que Jack no pudo entender) y tomando la curva de la avenida que cruzaba los jardines delanteros del hotel.

Porque tal era la razón de que hubieran llenado maletas, maletines y bolsas de plástico con todas las cosas sin las que no podían vivir, cerrado con llave la puerta del apartamento (sin hacer caso del estridente grito del teléfono, que parecía penetrar por la cerradura y perseguirlos hasta el vestíbulo); tal era la razón de que hubieran llenado el maletero y el asiento posterior del coche alquilado con su montón de cajas y bolsas y pasado horas en la cola de la autopista Henry Hudson, en dirección norte, y muchas más horas ascendiendo por la 1-95: porque Lily Cavanaugh Sawyer había sido una vez feliz aquí. En 1968, el año anterior al nacimiento de Jack, Lily fue nominada para un premio de la Academia por su papel en una película titulada *La hoguera*. *La hoguera* fue mejor que la mayoría de películas de Lily, en la cual pudo demostrar un talento mucho mayor del que habían revelado sus habituales papeles de chica mala. Nadie esperaba que Lily ganase y menos que nadie la propia Lily, pero para ella la frase hecha de que el verdadero honor está en la nominación era la pura verdad; se sentía honrada, profunda y genuinamente honrada y, para celebrar aquel momento único de auténtico reconocimiento profesional, Phil Sawyer tuvo el acierto de llevarla a pasar tres semanas al hotel Jardines de la Alhambra, al otro lado del continente, donde contemplaron la ceremonia de

entrega de los Oscars bebiendo champaña en la cama. (Si Jack hubiera tenido más años y ocasión para preocuparse de ello, habría hecho la necesaria resta y descubierto que el Alhambra había sido el lugar de su principio esencial).

Cuando se leyeron las nominaciones de las actrices secundarias, Lily, según rezaba una leyenda familiar, había gruñido a Phil:

—Si gano ese cacharro y no estoy allí, haré el gorila sobre tu pecho con mis tacones puntiagudos.

Pero cuando ganó Ruth Gordon, declaró:

—Se lo merece, claro que sí, es una chica estupenda. — Y, propinando un puñetazo a su marido en pleno pecho, añadió—: Será mejor que me busques un papel como ése si de verdad eres un agente de altos vuelos.

Sin embargo, no hubo más papeles como aquél. El último de Lily, dos años después de la muerte de Phil, fue el de una cínica ex prostituta en una película titulada *Los maníacos de la motocicleta*.

Mientras sacaba el equipaje del maletero y del asiento de atrás, Jack sabía que era aquel período el que Lily conmemoraba ahora. La maleta más pesada había rasgado la de lona, desparramando por doquier un montón de calcetines enrollados, fotografías sueltas, piezas de ajedrez, con el tablero, y revistas de tiras cómicas. Jack consiguió meterlo casi todo en los otros bultos. Lily subía despacio los escalones del hotel, apoyándose en la barandilla como una anciana.

—Avisaré al botones —dijo, sin volverse.

Jack se enderezó frente a las abultadas maletas y volvió a mirar hacia el cielo, donde estaba seguro de haber visto un arco iris. Sin embargo, no lo había, sólo aquel cielo extraño e inquietante.

Entonces:

—Acércate —dijo alguien a sus espaldas con una voz tenue y perfectamente audible.

—¿Qué? —preguntó, volviéndose. Ante él se extendía la avenida y los jardines vacíos.

—¿Qué dices? —inquirió su madre, que se agarraba, encorvada, al picaporte de la gran puerta de madera.

—Nada —contestó Jack. No había oído ninguna voz ni visto ningún arco iris. Los olvidó y miró a su madre, que pugnaba por abrir la enorme puerta—. Espera, vengo a ayudarte —gritó y subió corriendo las escaleras, acarreando torpemente una gran maleta y una bolsa de papel llena de suéters.

4

Hasta que conoció a Speedy Parker, Jack vivió en el hotel tan inconsciente del paso del tiempo como un perro dormido. Toda su vida le pareció como un sueño durante aquellos días, lleno de sombras y transiciones inexplicables. Ni quiera la terrible noticia sobre tío Tommy, llegada por el hilo telefónico la noche anterior, le despertó del todo, pese a su magnitud. Si Jack hubiera sido un místico, podría haber pensado que las otras fuerzas se habían apoderado de él y estaban manipulando la vida de su madre y la suya propia. Jack Sawyer era, a los doce años, una persona que necesitaba actividad y la pasividad silenciosa de aquellos días, después de la algarabía de Manhattan, le confundieron y desequilibraron de una forma básica.

Jack se encontró solo en la playa sin recordar cómo había ido hasta allí, sin tener idea de qué hacía en aquel lugar. Supuso que estaba triste por la pérdida de tío Tommy,

pero tenía la sensación de que su mente se había echado a dormir dejando al cuerpo sin ayuda. No podía concentrarse lo bastante para comprender el argumento de las comedias que él y Lily veían por la noche y menos aún retener los matices de la ficción en la cabeza.

—Estás cansado de tanto ir de un lado para otro —dijo su madre, chupando con fuerza el cigarrillo y mirándole a través del humo con los ojos entornados—. Debes relajarte un poco, Jack-O. Éste es un buen lugar. Disfrutemos de él mientras podamos.

Bob Newhart, que aparecía ante ellos en la pantalla de color algo demasiado rojizo, miraba con expresión pensativa un zapato que sostenía en la mano derecha.

—Esto es lo que hago, Jacky —sonrió—, relajarme y disfrutar.

Jack miró el reloj. Habían pasado dos horas frente al televisor y no podía recordar nada de lo que había precedido a este programa.

Ya se iba a la cama cuando sonó el teléfono. El bueno del tío Morgan Sloat ya los había encontrado. Las noticias de tío Morgan no eran nunca muy emocionantes, pero por lo visto la de hoy era sensacional, incluso para su nivel acostumbrado. Jack se hallaba en el centro de la habitación, observando cómo su madre palidecía cada vez más y se llevaba la mano a la garganta, donde habían aparecido nuevas arrugas en los últimos meses. No dijo casi nada hasta el final, cuando murmuró: «Gracias, Morgan», y colgó. Entonces se volvió hacia Jack, con aspecto más viejo y enfermo que nunca.

—Ahora tendrás que ser fuerte, Jacky, ¿de acuerdo?

Jack no se sentía fuerte.

Ella le cogió una mano y se lo dijo.

—Jack, tío Tommy ha muerto esta tarde, atropellado por un coche.

Profirió una exclamación ahogada, como si le faltara el aliento.

—Cruzaba el bulevar La Ciénaga cuando un camión se le echó encima. Hay un testigo que ha dicho que era negro y llevaba escritas en un lado las palabras NIÑO SALVAJE, pero esto... esto es todo.

Lily empezó a llorar. Un momento después, casi sorprendido, Jack la imitó. Todo aquello había ocurrido hacía tres días, que a Jack se le antojaban una eternidad.

5

El 15 de septiembre de 1981, un muchacho llamado Jack Sawyer se encontraba mirando las aguas tranquilas en una playa situada frente a un hotel que parecía el castillo de una novela de sir Walter Scott. Quería llorar pero era incapaz de dar rienda suelta a las lágrimas. Estaba rodeado de muerte, la muerte componía la mitad del mundo, no había ningún arco iris. El camión NIÑO SALVAJE había eliminado del mundo a tío Tommy. Tío Tommy había muerto en Los Angeles, demasiado lejos de la costa este, donde incluso un chico como Jack sabía que era su verdadero hogar. Un hombre que se ponía corbata antes de ir a buscar un bocadillo de rosbif a Arby's no tenía nada que hacer en la costa oeste.

Su padre había muerto, tío Tommy había muerto y su madre podía estar al borde de la muerte. También aquí, en Playa de Arcadia, llegaba la muerte a través del hilo telefónico en la voz de tío Morgan. No era la sensación de melancolía tan barata y evidente de un lugar turístico fuera de temporada, donde uno no dejaba de tropezar con fantasmas de veranos anteriores, sino porque parecía estar en la textura de las cosas y olerse en la brisa del océano. Sintió

miedo... lo sentía desde hacía mucho tiempo. Estar allí, en un lugar tan silencioso, no hizo más que ayudarle a comprender este hecho: que tal vez la muerte había viajado con ellos por la I-95 desde Nueva York, guiñando los ojos por el humo del cigarrillo y pidiéndole que buscara una canción de moda en la radio del coche.

Podía recordar —vagamente— a su padre diciéndole que había nacido con una cabeza de viejo, pero su cabeza no se sentía vieja ahora, sino muy joven. *Asustado* —pensó—, *estoy muy asustado. Aquí es donde termina el mundo, ¿no?*

Las gaviotas surcaban el aire plomizo. El silencio era gris como el aire... y tan mortal como las ojeras cada vez más profundas de su madre.

6

Cuando entró paseando en el Divertimundo y conoció a Lester Speedy Parker después de no sabía cuántos días de dejarse llevar por el tiempo, aquella sensación pasiva de estar *sujeto* le abandonó. Lester Parker era un negro de cabellos grises muy rizados y profundas arrugas en las mejillas. Su aspecto era muy corriente ahora, pese a todo lo que hiciera en su vida pasada como músico itinerante de *blues*. Tampoco dijo nada que fuera notable y, sin embargo, en cuanto Jack entró sin rumbo fijo en el parque de atracciones y vio los ojos claros de Speedy, toda la confusión le abandonó y volvió a sentirse él mismo. Fue como si una corriente mágica hubiera pasado directamente del viejo a Jack. Speedy le sonrió y dijo: